

EL POSTRER ESFUERZO MISIONAL ENTRE LOS YÁMANA (1888-1917)
SIGNIFICACIÓN EN LA DECADENCIA ÉTNICA.
ESTADO DE LA COMUNIDAD FINAL (1918-2000)

MATEO MARTINIC B. *

RESUMEN

En este artículo se da cuenta de los afanes y esfuerzos de los misioneros ingleses entre los aborígenes del extremo austral de la Tierra del Fuego (1888-1917). Se consideran las actividades desarrolladas y los acontecimientos en los sucesivos establecimientos misionales (Bayly, Tekenika y Río Douglas). Se evalúa su resultado y se analizan las implicaciones y consecuencias de la acción misionera en la decadencia de la etnia yámana. Se ofrece finalmente un panorama sobre la situación postmisional de los indígenas hasta su virtualmente completa mestización al concluir el siglo XX.

SUMMARY

THE LAST MISSIONARY EFFORT AMONG THE YAMANA INDIAN (1888-1917)
IMPLICATION IN THE ETHNIC DECLINE.
STATUS OF THE LAST COMMUNITY (1918-2000)

The desires and efforts of the English missionaries among the Indians of southernmost Tierra del Fuego (1888-1917) are informed. The activities developed and the events in the successive mission settlements (Bayly, Tekenika and Río Douglas) are considered. Its result is assessed and the implications and consequences of the missionary action in the decline of the Yamana group are analyzed. A picture of the post-mission situation of the Indians until its virtually complete crossbreeding at the end of XXth century is offered.

1. ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA ACCIÓN MISIONERA ENTRE LOS YÁMANA

Es bien sabido que el primer interés del que posteriormente se originaría la acción misionera anglicana entre los aborígenes del archipiélago austral de la Tierra del Fuego, estuvo en el conocimiento que los hidrógrafos ingleses tuvieron de los mismos a partir de sus exploraciones

y operaciones de 1829-30. Su miserable aspecto físico y las rudas condiciones climáticas y naturales del territorio en que habitaban, y, por consecuencia, el estado de atraso y barbarie en que les pareció se encontraban impresionó fuertemente a los marinos, en especial al humanitario comandante Robert Fitz Roy, hombre de profundas convicciones religiosas, quien pensó que debía hacerse un esfuerzo para redimir a aquellos privados de tan desmedrada condición.

De allí que en 1832, durante la segunda fase de la campaña hidrográfica se agregó al rol de la nave capitana *Beagle* al catequista Richard

* Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. Casilla de correo 113-D, Punta Arenas, Magallanes, Chile.

Matthews, a fin de dar comienzo a la actividad evangelizadora entre los yámana. Pero este intento, realizado en la parcialidad grupal que habitaba en la bahía de Wulaia (isla Navarino), terminó en un fracaso apenas iniciado.

No obstante, la difusión que posteriormente tuvieron en Inglaterra los resultados de los trabajos de las expediciones británicas y, por ende, las noticias que pudieron tenerse acerca de los habitantes que poblaban el extremo meridional de América, despertaron el interés particular de un antiguo oficial naval, el comandante Allen Francis Gardiner, varón piadoso que movido por una fuerte vocación caritativa anhelaba convertirse en misionero para llevar la luz de la fé cristiana a los pueblos primitivos. Fue así que teniendo en mente tal propósito fundó en 1844 la Patagonian Missionary Society, después South American Missionary Society.

Puesto en campaña, luego de un fallido intento entre los aónikenk de la costa septentrional del estrecho de Magallanes en 1848¹. Gardiner llegó hasta la isla Picton, en el archipiélago austral de la Tierra del Fuego, lo que le permitió conocer las severas condiciones naturales propias de este territorio marítimo extremo y tener una primera visión de sus misérrimos habitantes. Se propuso entonces llevar adelante un proyecto de misión evangelizadora que tuviera por sujetos a los mismos indígenas que antaño habían despertado la conmiseración de Fitz Roy y sus marinos. Retornado a Inglaterra, se ocupó durante el lapso que siguió hasta setiembre de 1850 en organizar una expedición misionera al remoto territorio austral.

Zarpó entonces, con seis compañeros, hacia el sur de América, arribando a la isla Picton en enero de 1851. Desde el primer momento una seguidilla de circunstancias y hechos adversos complicaron el curso y propósito de la expedición, que concluyó finalmente de manera trágica al fallecer por enfermedades o inanición uno a uno los misioneros y al último, el heroico Gardiner, que así devendría un verdadero mártir de la noble causa evangelizadora.

Conocido que fue en Inglaterra ese lamentable fracaso, al cabo de encontradas opiniones y sentimientos acabó imponiéndose entre los

miembros de la Sociedad Misionera el propósito de proseguir con la misión entre los yámana, ahora fortalecido con el recuerdo del sacrificio del fundador y sus compañeros. Tal fue la responsabilidad que asumió el reverendo George Packenham Despard, secretario de aquella institución.

Se decidió por tanto llevar adelante la actividad, acordándose desde luego el establecimiento de una segura base de operaciones en la isla Keppel, archipiélago de las Malvinas, y la adquisición de una goleta para su servicio –bautizada mercedamente *Allen Gardiner*– para realizar especialmente el recorrido de los canales fueguinos con fines de conocimiento y relación con los indígenas, y, si se brindaba la oportunidad, para recoger algunos de ellos y conducirlos hasta la base misionera, para iniciar su instrucción y civilización, y devolverlos después de un tiempo prudente a sus lugares de origen. Se pensaba que de esta manera éstos podrían predisponer favorablemente a los demás aborígenes para el ulterior desarrollo de la actividad misionera.

Superándose dificultades, se realizaron durante varios años tales recorridos marítimos y al fin, en 1859, se consideró oportuno instalar en el conocido paraje de la bahía de Wulaia una misión en forma. Ocurrió entonces un suceso lamentable y brutal, como fue el asesinato del catequista a cargo Garland Phillips, del capitán de la *Allen Gardiner*, R.S. Fell, de su hermano John S. Fell, piloto de la embarcación, y de seis tripulantes, todos a manos de los yámana a quienes con disposición apostólica querían hacer bien.

Aquel fue un golpe doloroso absolutamente inesperado y cruel del que, otra vez, pudo reponerse la Sociedad Misionera, pero que obligó a retomar al sistema anterior –la misión flotante–, comenzando desde un principio, esto es, procurándose recuperar la confianza y amistad de los indígenas.

En ello se pasó varios años, una década, hasta que en 1869 el pastor Waite H. Stirling, superintendente de la Misión de Keppel, consideró llegado el momento de volver a intentar el establecimiento de una misión en tierra firme. El tiempo transcurrido desde el último trágico episodio, entre tanto, había sido bien aprovechado pues se había adelantado en el conocimiento de la lengua yámana y se había recobrado la confianza de y en los indígenas. Una vez más, podía esperarse un sesgo favorable en los acontecimientos por venir.

1 Véase sobre el particular nuestro artículo "Las misiones cristianas entre los aónikenk (1833-1910). Una historia de frustraciones", *Anales del Instituto de la Patagonia*, volumen 25, serie Ciencias Humanas, Punta Arenas, 1997.

Para materializar ese acariciado proyecto, Stirling, en una decisión verdaderamente heroica que puso de relieve su coraje, decidió permanecer él mismo en el lugar elegido, una abrigada bahía situada sobre la costa norte del canal Beagle, llamada por los indígenas Ushuaia. Allí permaneció el misionero en efecto, totalmente solo y aislado, en medio de los yámana que se habían congregado a la llegada de la goleta de la Misión, por espacio de casi ocho meses.

Esta arriesgada experiencia resultó feliz y conformó la base para la instalación en forma de una Misión, a principios de 1870, que fue encomendada a la responsabilidad del pastor Thomas Bridges. De esa manera y luego de sostenidos trabajos, al cabo de un año el establecimiento misional se encontró materialmente bien instalado y con personal suficiente para el comienzo y desarrollo de sus tareas evangelizadoras y civilizadoras entre los aborígenes, que desde el primer día habían arribado al paraje, estableciéndose en el mismo con sus toldos por tiempo variable, conformando una comunidad que se fue renovando periódicamente, dando muestras de satisfactoria conducta y, lo que colmaba la aspiración de los misioneros, al parecer con plena aceptación de la nueva situación.

Así, durante los siguientes quince años, hasta 1885, los misioneros anglicanos pudieron realizar una fructífera y abnegada labor de cristianización, instrucción y civilización entre los indígenas, que abarcó a gran parte de los individuos que componían el total de la etnia. Pero, desgraciadamente, ello había tenido de hecho un tremendo costo humano: la reducción de la población yámana —ya disminuida severamente desde tiempo atrás— a la mitad del millar de almas censado en junio de 1884 por Bridges debido a una fuerte epidemia de sarampión. Fue esa una nueva y gravísima consecuencia del contacto reiterado de los hombres blancos con los indígenas, contagiándose éstos con diversas enfermedades que eran propias de aquéllos, para los cuales los inermes organismos naturales carecían de toda defensa, circunstancia que había causado estragos en la etnia yámana, ocasionando la disminución numérica de la misma en porcentaje aterrador, considerando la población estimada para antes de 1860.

Ante tan preocupante situación que virtualmente había dejado a la Misión sin feligresía, agravada todavía con la reciente radicación de población extraña en el lugar, consecuencia de la instalación de autoridades, dependencias y servi-

cios oficiales expresivos de la jurisdicción argentina sobre la parte oriental de la isla grande de Tierra del Fuego e isla de los Estados, Thomas Bridges juzgó llegado el momento de recomendar el término de la actividad misionera en Ushuaia y elevó además su renuncia a la dirección de la misma, al comité directivo de la South American Missionary Society, cuerpo que sancionó la suspensión y aceptó la resignación del cargo hecha por aquel eminente apóstol y filántropo².

2. MISIÓN DE BAYLY (WOLLASTON) 1888-1892

La conveniencia de proseguir con la noble tarea que se tenía entre manos impuso la obligación de ubicar un nuevo sitio para el restablecimiento de la actividad misionera oficial, aunque oficiosamente la misma registró alguna continuidad bajo el cuidado de Bridges, ya retirado en su estancia de Harberton, y del antiguo catequista John Lawrence, a cargo de la estación de Ushuaia, quienes prosiguieron acogiendo temporalmente a los indios que navegaban por las aguas del canal Beagle e inmediateces.

Para ello era indispensable situar la nueva base operacional lo más cercanamente posible a los lugares de merodeo de las parcialidades yámanas que habían tenido un escaso y ocasional contacto con el establecimiento fundador. Tales eran los casos de los grupos que habitaban en el archipiélago Wollaston y en sectores litorales del sudoeste y sud de la isla Hoste. A esto se agregó una consideración de carácter humanitario como era la de prestar auxilio a los sobrevivientes de los naufragios que con frecuencia se registraban en las bravías aguas del sur del cabo de Hornos. Un establecimiento misionero bien situado podía cumplir satisfactoriamente con ambos requerimientos.

Desechada la alternativa de la isla Picton, en la que se había pensado en los comienzos de 1888, por estar alejada del área focal de interés, se entendió que había que buscar más hacia el meridión. Así, la *Allen Gardiner*, llevando a bordo al pastor y médico Edwin Canon Aspinall, designado titular de la Misión en reemplazo de Bridges, y los catequistas Leonard H. Burleigh y James

2 Al lector interesado en el acontecer pomenorizado de los afanes y trabajos de los misioneros ingleses en la zona austral de la Tierra del Fuego, recomendamos consultar, entre otras, las obras de Martín Gusinde (1937, 1986), de Armando Braun Menéndez (1939) y de Arnoldo Canclini (1979, 1980a, b y c).

Lewis, viajó durante el mes de mayo de aquel año por el sur de Navarino e islas Wollaston, lo que permitió concluir que alguna de estas últimas podía servir de asiento a la Misión y para estación de naufragos.

Se vio entonces que ambos aspectos podían conciliarse y ser asumidos mediante la operación de un nuevo centro misional. De tal modo, con fecha 27 de julio de 1888 se dictó el decreto supremo número 131 del Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización de Chile, en cuya virtud se concedió a Edwin C. Aspinall la isla Grevy y tres menores vecinas del grupo Wollaston, y el sector del cabo West, en la isla Hermite. Lo primero para el establecimiento de una Misión y lo segundo para la instalación de un faro que el concesionario se obligaba a establecer, junto con un cuerpo de salvavidas para el auxilio de los naufragos.

Así las cosas y con el decreto en la mano, Aspinall dispuso los preparativos finales para erigir un nuevo centro de actividad misionera. Para la segunda semana de octubre de 1888 todo estaba a punto en Ushuaia, procediéndose luego al carguío de los materiales, herramientas, vituallas y tantos otros elementos indispensables para la instalación y habilitación del establecimiento, en la goleta *Allen Gardiner*, la que al parecer zarpó hacia el archipiélago austral el día 12³.

Iba a cargo de la nueva estación Leonard Henry Burleigh, quien se había ofrecido voluntariamente para la arriesgada empresa y que a la sazón contaba con más de diez años de pertenencia a la Sociedad Misionera, y que marchaba acompañado por su esposa Nellie. Burleigh era catequista y además competente carpintero, condiciones que se complementarían admirablemente para servir con eficacia el puesto de responsabilidad que había asumido. Dominaba la lengua yámana y era, al parecer, un hombre de buen juicio y acucioso en el cumplimiento de sus deberes.

En la tarde del día 14 de octubre, al cabo de treinta horas de navegación, la *Allen Gardiner* llegó a la isla Grevy, con seguridad sobre la bahía Gretton, paraje ya conocido para el misionero y el capitán de la nave. *De inmediato fui a tierra a ver los nativos* –contaría después Burleigh–, *de los que encontré exactamente el mismo número que en nuestra visita anterior.*

Muchos, sin embargo, eran recién llegados, varios de los residentes habían salido en busca de huevos, pescado, etc. Así que a su retorno se juntó una partida numerosa.

Sería imposible para mí describir nuestra recepción, o el placer que esa pobre gente sentía o manifestaba por nuestro regreso y al oír que se venía a quedar. Me sentí muy gratificado al ir a tierra y saber que aún estaban dispuestos a recibirnos⁴.

Burleigh buscó sobre la costa abrigada un sitio adecuado para establecerse, pero no lo halló a gusto. Así fue que determinó pasar a la vecina isla Bayly, no comprendida en la concesión, en donde encontró un sitio que se consideró apropiado. Este es un lugar relativamente plano, situado junto a una ensenada pequeña en la costa norte de la isla, entre el surgidero Seagull y el canal Victoria, enfrentando a la península Low de Grevy y a las isletas Diana, Bandurrias y Ottaries. El conjunto así descrito delimita al fondeadero nombrado, bien conocido por los marinos como tenero seguro, aunque apto para embarcaciones de poco calado.

La ubicación podía estimarse como adecuado para los distintos objetivos previstos, pues además de sus condiciones de buen puerto y de disponibilidad de agua potable, leña combustible y un entorno protegido y agradable a la vista, disponía de visibilidad limpia hacia el noreste (bahía Gretton) para advertir el paso o aproximación de los veleros. Desde el mismo lugar se accede a la bahía Beaufort, hacia la parte occidental de Bayly. En la vecindad del paraje elegido existía un paradero indígena, que resultó estar entonces habitado.

Habiendo elegido el lugar, puse a todos a derribar árboles y limpiar un espacio para la casa y la quinta y a recoger piedras de la playa para preparar un lugar de desembarco. Empezamos hace una semana y se ha limpiado un buen trozo de terreno, después de recoger varias toneladas de material para un muelle⁵ y mañana espero dar los últimos toques a nuestra casita⁶. La tripulación del velero nos ha ayudado mucho y ciertamente el capitán Willis ha sido muy bueno,

4 *South American Missionary Magazine* (en adelante S.A.M.M.), Feb. 1, 1889, pág. 34.

5 Este muelle fue encontrado por la expedición del Instituto de la Patagonia en 1980, lo que a su vez permitió situar el lugar de la Misión.

6 Esta edificación medía 20 por 12 pies (6 x 3 metros aproximadamente) y al parecer habría venido parcialmente armada.

3 En esta parte seguimos lo expuesto en nuestro trabajo "Misión de Bayly (Archipiélago del Cabo de Hornos)", *Anales del Instituto de la Patagonia*, volumen 11, Punta Arenas, 1980.

relataría más tarde el misionero⁷.

Habilitado el asiento, se congregó a blancos e indígenas, estos en número de cuarenta y cinco y se procedió al izamiento del pabellón nacional chileno en un mástil levantado para el efecto y Burleigh realizó el primer servicio religioso.

Fue aquel un momento verdaderamente histórico. En medio de la modestia y reducido aparato, pero con un fervor que no debían ocultar sus responsables, surgió así el que había de ser el establecimiento misional más austral hasta entonces erigido en el planeta y en el límite mismo del mundo geográfico entonces conocido y definitivamente habitable, con lo que los misioneros podían demostrar que en verdad habían dado cumplimiento al mandato evangélico de alcanzar hasta lo último de la tierra. Sus fines nobilísimos eran del más hondo contenido humanitario: la redención de los aborígenes más olvidados de cuantos poblaban el extremo meridional americano y el auxilio a los desventurados que sucumbían a las furias tormentosas del temido cabo de Hornos. La República de Chile y la South American Missionary Society podían sentirse satisfechas con la que de hecho debía considerarse una empresa común.

Paulatinamente, en la medida que las necesidades lo exigían y las condiciones ambientales lo permitían, se fueron realizando otros trabajos de construcción que al fin dejaron al establecimiento en el mejor estado de funcionamiento que podía darse teniendo en consideración la limitación de recursos disponibles. Con el tiempo surgieron las edificaciones destinadas a la capilla, escuela, orfanatorio y almacén, además de la casa habitación del misionero. Todo ello, se reitera, en proporciones modestas y calidad algo más que precaria. En la vecindad de las construcciones misioneras no tardaron en levantarse algunos toldos o ranchos indios, con lo que el paraje adquirió al aspecto de un pequeño poblado.

Así tuvo comienzo y desarrollo una actividad misionera desempeñada a parejas por Leonard y Nellie Burleigh, signada por la abnegación y la dedicación más completas y en medio de condiciones ciertamente adversas, lo cual hizo que tan noble esfuerzo conformara al fin toda una sacrificada prueba de amor al prójimo. En efecto, el clima local, como el general de todo el

distrito austral, se mostró casi invariablemente rudo, acabando por hacerse intolerable. Luego, los problemas consiguientes al aumento del número de indígenas concurrentes a la Misión, por lo común hambrientos y enfermos, circunstancia que debía conjugarse con la insuficiencia de recursos de variado orden y con la demora en el oportuno reabastecimiento por parte de la goleta *Allen Gardiner*. Una dificultad adicional, si falta hacía, y por cierto no menor derivaba del carácter de los yámana que dificultaba el aprendizaje de las normas de comportamiento que se buscaba inculcarles, como su mal talante y obstinación cuando se les reprimía por alguna causa; todo ello hacía, en suma, que la convivencia no resultara de lo más fácil y que se requiriera de grandísima paciencia para tratarlos y enseñarlos. La correspondencia de Burleigh, recogida por la revista de la Sociedad Misionera, es ciertamente elocuente en todos aquellos respectos⁸.

Pero así y todo, superándose dificultades y carencias, la labor misionera adelantó tan satisfactoriamente como fue posible, justificándose de cualquier manera tan ímprobo esfuerzo como el desarrollado por Leonard Burleigh y su esposa. Tal pudo comprobarlo personalmente el obispo Waite H. Stirling en visita pastoral realizada en enero de 1890, es decir cuando la Misión de la isla Bayly tenía quince meses de establecida.

Al informar posteriormente al Comité Directivo de la Sociedad Misionera, hizo un justiciero juicio, mencionando en comparación otros lugares conocidos: *Ooshioia [Ushuaia] es una estación; también la isla Keppel. Downeast [Harberton], donde reside el señor Bridges, es un lugar maravilloso. El clima los favorece, y los jardines y el ganado prosperan allí. Pero en Wollaston es muy diferente. La naturaleza es hostil al misionero poblador. Con todo, puedo afirmar sin vacilación que nunca se ha realizado en Tierra del Fuego un trabajo misional más sincero, alentador y eficaz que el del señor y la señora Burleigh en la isla Wollaston. Ellos han hecho lo mejor en sus circunstancias*⁹.

El obispo observó con ojos certeros la materialidad del establecimiento, apreciando el mejor uso que había sabido hacerse de elementos tan precarios, pero con resultado satisfactorio.

8 Sobre este particular, véase especialmente *Los indios del Cabo de Hornos*, del historiador Arnoldo Canclini, profundo conocedor de la historia misional en tierra fueguinas.

9 S.A.M.M., 1 de mayo 1890, pág. 102.

Pero especialmente pudo darse cuenta de los resultados morales, sanitarios y civilizadores de la humanitaria tarea realizada. Conoció asimismo a la cincuentaena de indígenas residentes de manera permanente en el lugar y entendió que un número semejante deambulaba por diversos lugares del grupo de islas del Cabo de Hornos, quienes también ocasionalmente llegaban hasta la Misión.

Tomó debida nota de las necesidades más apremiantes de carácter material y humano, comprometiéndose a despachar no bien regresara a su sede los elementos necesarios, en tanto que vería cómo encontrar personas que pudiesen ayudar a los misioneros. Pero, ciertamente lo más importante, advirtió que el esfuerzo misional en ese paraje lejano, desprovisto y hostil, no podía prolongarse: *Mucho mejor sería –agregó en su relación al Comité– que los nativos y su estación se mudaran con el señor y la señora Burleigh hacia un lugar más conveniente de Tierra del Fuego, o sea hacia Wollya [Wulaia], o su vecindad*¹⁰.

Stirling cumplió oportunamente con lo prometido y así los misioneros recibieron los abastecimientos que les eran tan necesarios, aumentados con donaciones de vestuario procedentes de Inglaterra. De este modo se facilitó el trabajo con una comunidad aborígena que no demoró en crecer numéricamente, pues a los nativos propios del archipiélago se agregaron otros venidos desde Hoste... todos requiriendo de alimentos, ropa y asistencia variada.

El trabajo misionero llegó así a ser virtualmente agotador y desalentador. *La comarca es muy pobre –escribía en abril de 1890 Burleigh–, me temo que nadie vivirá aquí por su gusto, y no dejo de preocuparme porque nuestra propia salud sufrirá con este clima permanentemente húmedo y tormentoso*¹¹. *El trabajo a la intemperie es una cosa penosa; los pies de uno están siempre mojados y la ropa debe ser cambiada a menudo porque sino la salud sufriría.*

Por muchas razones, especialmente por amor a los nativos, preferiría que la estación se mantuviera a la distancia que está de Ooshoia, pero considerando las características inadecuadas y desagradables de Wollaston, estaría feliz de un

*cambio como ya se ha planteado*¹².

Estaba meridianamente claro, la estación misionera no podía continuar allí. Pero era evidente que las cosas tomaban su tiempo y la resolución en tal sentido demoraría todavía dos años.

Así, este lapso transcurrió entre la rutina del cotidiano vivir y laborar misioneros, señalados especialmente por las carencias de alimentos, vituallas y otros elementos de utilidad, y el atraso en el reabastecimiento, y además por las rencillas entre indígenas que ponían a prueba la paciencia de los misioneros. Pero también el tiempo registró novedades de distinto signo: la llegada de epidemias de sarampión y tos convulsiva con sus lamentables consecuencias para la población yámana; el arribo de un catequista ayudante, presencia tan necesitada; el nacimiento de un segundo hijo para los Burleigh y la casi milagrosa conservación de la salud familiar en el ambiente y circunstancias conocidas; el auxilio a naufragos del cabo de Hornos, la visita de los mineros del oro, en fin.

Entre tanto ocurría el traslado de la Misión seguía demorado, ciertamente con preocupación y algún desaliento de los esposos Burleigh, que por dos veces estuvieron listos para la mudanza sin que al fin la misma se hiciera efectiva. Esto en parte porque no había decisión respecto del lugar para la nueva ubicación y ello, a su vez, porque aunque se quería que la estación se mudara a un sitio más favorable, también se deseaba que la misma se mantuviera a una distancia tal de Ushuaia que librara, hasta donde se pudiera, de cualquier posible influencia perniciosa de su población para con la comunidad yámana. Esta aprensión decía especialmente con el tráfico y consumo de bebidas alcohólicas. Por eso había consenso en excluir a Wulaia, en la que en algún momento se había pensado como alternativa, no obstante sus reconocidas bondades naturales.

Quedamos muy aliviados al saber por su reciente carta que se ha decidido trasladar nuestra estación, y compartimos sus sentimientos acerca de tenerla en la vecindad de Woolya, pero tengo el temor de que podría estar muy próxima a la ruta de malas influencias, y si puedo aconsejar (como lo he hecho ya con el Obispo Stirling), sugeriría un sitio en alguna parte como Tekenica o el seno Ponsonby, escribió en abril de 1891

10 Id. Pág. 103.

11 Vale recordar a este respecto y a manera ejemplar lo que hemos mencionado antes: en un año, entre 1889 y 1890, los Burleigh llevaron cuenta de sólo 89 días buenos, siendo el resto del tiempo malo o tormentoso (Martinic, 1980).



Fig. 1 Mapa que muestra la ubicación de las misiones evangélicas en la parte austral de la Tierra del Fuego.

Burleigh, al parecer al pastor Lawrence¹³.

Finalmente, en enero se adoptó la resolución del traslado.

He asumido la responsabilidad de mudar la estación desde la Isla Bayly a la Bahía Tekenika, y el señor Burleigh y el señor Aspinall están ya preparados para llevar adelante el plan, informaba en enero de 1892 Stirling al Comité de la Sociedad Misionera¹⁴.

La decisión se adoptó luego de un viaje de búsqueda e inspección realizado por Stirling

conjuntamente con Burleigh, que concluyó con la elección de la bahía Tekenika, en la isla Hoste, más propiamente con una bahía menor que se abre sobre la costa sur, que los indígenas llamaban Lagutaia y que posteriormente sería rebautizada por la Armada de Chile como *Allen Gardiner*.

Las razones en que se fundaba la determinación del prelado eran varias. En primer término el lugar del nuevo emplazamiento era más accesible que el antiguo para las embarcaciones procedentes de Ushuaia. En segundo, la existencia al fondo de la bahía principal de un istmo que posibilitaba la intercomunicación con los senos

13 S.A.M.M., 1 de octubre, 1891, pág. 150.

14 Id., 1892

Navidad y Año Nuevo, paso terrestre efectivamente utilizado por los yámana para trasladarse entre uno y otros lugares, lo que permitiría a los misioneros acceder a una parcialidad aborígen con la que interesaba tener contacto y relación. Luego, la abundancia de madera aprovechable en el sitio elegido. Pero el clima y el terreno para siembras no parecían ser mucho mejores allí que en Bayly, aunque se confiaba en que aquél sería más soportable y éste más aprovechable.

Así las cosas, a comienzos de mayo de 1892 se procedió al desarme de las construcciones de la Misión de Bayly, cuyos elementos fueron cargados en la goleta *Allen Gardiner* para su traslado al nuevo emplazamiento. Con los misioneros viajó hacia Tekenika gran parte del grupo yámana que residía en la Misión.

Como lo hemos expresado anteriormente, del modo visto y al cabo de tres y medio años de actividad llegó a término la Misión "Wollaston" de la isla Bayly. Durante el breve lapso de existencia había sido el teatro de la abnegada labor de Leonard y Nellie Burleigh, empeñados por obra de su fe en la cristianización y civilización del más atrasado y rudo grupo de la nación yámana. Su esfuerzo no había sido en vano, pese a las contrariedades, como que las enseñanzas y cuidados de los misioneros, y la continuada relación que mantuvieron con los aborígenes, contribuyeron a modificar en modo favorable la áspera índole de los nativos del archipiélago del cabo de Hornos.

La empresa misionera de Bayly puede valorizarse particularmente como un enaltecido ejemplo de heroica entrega que hicieron los religiosos ingleses a favor de los naturales, en un paraje remoto e inhóspito como pocos, en la bravía geografía del archipiélago austral fueguino.

3. MISIÓN DE TEKENIKA, 1892-1906

Según el *Derrotero del Archipiélago de la Tierra del Fuego*, del capitán de la Armada de Chile Baldomero Pacheco (1911), Allen Gardiner es una bahía espaciosa y abrigada cuya entrada está señalada por los islotes Pringles; tiene dos millas de saco hacia el suroeste y es un excelente tenedero. En la costa del fondo se estableció la Misión.

De acuerdo con la descripción de Leonard Burleigh el lugar elegido fue una semi península, junto a un hermoso arroyo que baja serpenteando desde un cordón nevado situado a sus espaldas, en la que entonces se advertían tres

niveles. El superior se reservó para levantar la capilla y la residencia definitiva de los misioneros. El segundo fue elegido para establecer el almacén, la cabaña provisoria de los religiosos y algunos cobertizos. En el nivel inferior se situaron las rucas o chozas de los yámanas que habían acompañado a los religiosos desde Bayly. Allí, pues, al cabo de una faena intensa y prolongada – recuérdese que Burleigh era originalmente carpintero – se erigieron las diferentes edificaciones fundacionales. La habilitación del establecimiento se completó con la construcción de un muelle y con el desmonte del terreno aledaño a las casas para drenarlo pues era muy húmedo, para emplear parte del mismo en la preparación de un jardín y una huerta¹⁵.

Con el tiempo se agregaron otras instalaciones complementarias, entre ellas la ya famosa "Casa Stirling" que fuera la primera y principal construcción de la antigua estación de Ushuaia, que luego de ser desarmada y trasladada a Tekenika, fue rearmada para servir de residencia a las familias de los misioneros. Esta faena tomó largo tiempo, pues se inició en mayo de 1894 y se extendió a lo menos por un año y medio. De este modo se completó la materialidad edificada de la Misión.

Una fotografía del paraje tomada por W.S. Barclay a comienzos del siglo XX, permite apreciar lo que era el conjunto de edificios que la componían, que brindaba el aspecto de un poblado. Ciertamente la Misión de Tekenika estaba mejor establecida y construida que aquella de Bayly. La mayor comodidad y el agrado de vida que ello derivó se refleja en la correspondencia de los misioneros.

Otra de las satisfacciones de éstos durante el tiempo inicial en el nuevo emplazamiento, se dio con el pronto arribo de indígenas de la parcialidad del seno Año Nuevo, con lo que se llenaba uno de los supuestos necesarios para el más eficaz trabajo evangelizador y civilizador.

El aumento de la población indígena establecida en la Misión y los requerimientos de

15 Este desmonte ciertamente debió afectar el aspecto del entorno de la estación, y por ello fue mal interpretado por algún visitante contemporáneo, como el sueco Samuel Duse, quien encontró que el paisaje de la Misión era *extraordinariamente feo*, lo que atribuyó al mal gusto de Burleigh. *Este venía de las Malvinas, y desacostumbrado a ver bosques, no quiso tolerar árboles en la proximidad de las casas, por lo que los hizo talar por sus protegidos indígenas* (Citado por M. Gusinde, *Los Yámanas*, tomo II, pág. 294, Buenos Aires, 1982).

atención correspondientes hicieron necesarios nuevos espacios como albergue para varones adultos y un orfanatorio. Para esto se aumentó el personal con la incorporación de la madre del catequista Hawkes. Más tarde, cuando éste enfermó y aquella debió cuidarlo y trasladarlo a Ushuaia, arribaron en su reemplazo otros dos catequistas ingleses con lo que el trabajo misional no se resintió. Según cálculo de Burleigh, había entonces en Tekenika y su inmediato entorno (Seno Año Nuevo, Seno Navidad), unos 160 indígenas y el total estimado para la etnia sobrepasaba apenas 200 individuos, cifra que por sí sola explica la dramática reducción poblacional aborigen y preanunciaba el fatídico destino del pueblo yámana. Las enfermedades, estaba claro, eran la causa fundamental y así se ponía el mayor esfuerzo de cuidado en mejorar la salud de los indios, no siempre con éxito. Ello acongojaba a los misioneros que únicamente podía contemplar con impotencia ese imparable fenómeno.

Sin embargo el trabajo misional también registraba hechos reconfortantes. Bien porque los servicios religiosos se realizaban regularmente y con asistencia satisfactoria, o porque la escuela registraba progresos en su actividad; bien porque las generosas donaciones de los cooperadores de la Sociedad, especialmente de vestuario, permitían satisfacer las necesidades de los aborígenes. Por fin, porque hasta la huerta pareció más rendidora. *Le agradecerá saber que nuestro huerto ha resultado un éxito*, escribía Burleigh en abril de 1893, *y que a pesar de muchas desventajas hemos cosechado nabos, patatas, coles y otras verduras...*¹⁶. Lamentablemente tales cosechas serían muy limitadas en frutos y además excepcionales. Al fin se impondría la realidad: el suelo en Tekenika no era apto para cultivos.

Cuando de tal manera se sucedían los acontecimientos, el 23 de diciembre de 1893, mientras el catequista mencionado se encontraba en la chalupa de la Misión, un golpe repentino de uno de los palos de la vela de la embarcación lo arrojó al mar en donde se ahogó, a la vista de su esposa que observaba desde la ventana de su casa, sin que nadie pudiera socorrerlo.

De modo tan inesperado falleció un hombre que se había entregado por entero, con ejemplares sacrificio y abnegación, en el servicio a sus hermanos indígenas, virtualmente hasta dar la vida por ellos. Leonard H. Burleigh y su esposa,

no menos abnegada, habían sido protagonistas durante casi seis años de una admirable y enaltecida obra evangelizadora y civilizadora, que por cierto destaca para la historia la gesta misionera anglicana entre los yámana.

El sentimiento de pesar que estos indígenas manifestaron en tan triste circunstancia constituyó, paradójicamente, un hecho consolador para los otros misioneros, pues entonces pudo advertirse cuánto afecto y respeto había podido generar entre aquéllos la actividad allí desarrollada en la Misión.

El lamentable accidente que la había dejado viuda, movió al Obispo Stirling a disponer el relevo de la misionera, que así podría retornar a Inglaterra para asumir plenamente la educación y el cuidado de sus dos hijos, aunque sin desentenderse de los asuntos que interesaban a la Sociedad.

Aquella pérdida y este alejamiento no afectaron la actividad de la Misión. Peter Pringle, quien actuaba como catequista ayudante, asumió la responsabilidad conductora mientras se encontraba un apropiado reemplazo. En su ayuda fue enviada la señora Hemmings, con lo que la labor no se resintió, en particular aquella que demandaba el orfanato, por el que existía una preocupación especial. Más tarde, a comienzos de febrero de 1895, se hizo cargo el pastor John Williams, aunque el peso del trabajo durante largo tiempo recaería en el infatigable Peter Pringle, digno émulo del extinto Burleigh, que prestaría meritorios servicios durante varios años. Asimismo acudieron más catequistas para colaborar y hacer más eficaz el variado trabajo misional.

A fines de marzo de aquel año arribó a Tekenika el vapor *Toro* de la Armada de Chile, enviado por el Gobernador de Magallanes para cooperar en la búsqueda de un sitio mejor que aquel en que estaba situada la Misión, teniendo el vista la posibilidad de su traslado. *Cada porción del terreno junto a la estación la encontramos excesivamente pantanosa e inútil para cultivos, tampoco para mantener ovejas y vacunos sin gran trabajo y gastos*, anotaría entonces Williams en su diario¹⁷.

La exploración practicada por la gente del buque chileno permitió encontrar un paraje llamado Cunnacush, unas quince millas al norte de Tekenika. Era seco y disponía de abundancia de agua y madera. De ello Williams dio cuenta

16 S.A.M.M., 1 de julio, 1893, pág. 100.

17 S.A.M.M., 1895, pág. 136.

al Obispo Stirling y aguardó sus instrucciones al respecto. Pero éste, no obstante convenir en que *el establecimiento de Tekenika era rudo y desordenado*, atendidas sus características naturales, nada resolvería por entonces y la estación siguió donde había sido emplazada.

En vista de ello se hicieron nuevos arreglos, reparaciones y ampliaciones en los edificios existentes (Orfanato, Casa Stirling) y se decidió iniciar de una vez por todas la construcción de la capilla y además un galpón para aserrar, cortar y estacionar madera, fuera de otras obras menores. En estas construcciones se trabajó intensamente durante todo 1896 y en parte del año siguiente, pues se quería tener una estación misionera edificada e instalada para funcionar en debida forma. Así la Misión asumiría el aspecto recogido por las fotografías que se tomaron a comienzos del siglo XX.

Por cierto, todo esto se realizó sin que se afectara la labor evangelizadora y educadora de los indígenas –*la tarea de Dios*, como escribiría el catequista Pringle- y así también en tan esencial aspecto se progresó lentamente pero con seguridad.

Adelantó de tal manera la actividad en Tekenika, en una rutina alterada por la gran movilidad de los indios, que iban y venían según les venía en ganas. De allí que su número en la Misión era siempre variable. Otra alteración en el vivir cotidiano estaba dada por la aparición de enfermedades, cada una de las cuales cobraba su cuota de defunciones. Las novedades, que tanto no lo eran, estaban en las visitas dada la mayor accesibilidad de Tekenika, lo que hacía más frecuentes las recaladas de naves y con ellas las posibilidades de mejor comunicación y recepción de mercaderías desde Ushuaia y Punta Arenas.

Entrado el siglo XX se hicieron visibles los primeros signos de fatiga entre los misioneros. Así, en setiembre de 1901, el *South American Missionary Magazine* daba cuenta de un informe de Pringle sobre la tarea misional. *Su impresión es que el trabajo entre los yámanas está a punto de concluir; la escasez de niños, la prevalencia de enfermedades entre ellos y las muertes infantiles están contestando la pregunta ¿vale la pena tanto esfuerzo y gasto?* Era una cuestión que de tal manera quedaba abierta y sobre la cual el Comité Directivo de la Sociedad Misionera tendría mucho que cavilar en el tiempo por venir.

Por entonces arribó a Tekenika el crucero *Presidente Errázuriz* de la Armada de Chile tanto

en plan de visita al establecimiento, como en el de realización de tareas hidrográficas. Lo primero permitió al comandante Luis Gómez Carreño imponerse del trabajo misionero, que fue apreciado como muy benéfico para los indígenas. Lo segundo hizo posible el rebautizo de la bahía Lagutaia con el nombre de *Allen Gardiner*, en homenaje al recordado marino y misionero fundador. Fue entonces, igualmente, que se descubrió la existencia de carbón en una barranca vecina, hallazgo que tendría alguna resonancia ulterior. El descubrimiento, en vez de contentar a los misioneros les trajo aflicción, pues se temió que ello generara la llegada de población blanca, con todos los riesgos sanitarios y morales que tal presencia podía significar para los indígenas residentes en Tekenika.

Meses después, en marzo de 1902, otra nave de la Marina de Chile, el escampavía *Huemul*, arribó al lugar. Su comandante, capitán Ismael Gajardo, dejaría para la posteridad una breve pero cabal descripción de la estación y su comunidad:

Tan pronto como un buque entra a la bahía de Tekenica, divisará en el fondo de ésta la casa del misionero inglés rodeada por los ranchos de los indios i que a la distancia parece una pequeña ciudad. En el campanario de la iglesia izaron una bandera chilena.

[...] *La misión de Tekenica tiene actualmente 85 indígenas a su cuidado, todos pertenecientes a la tribu de los yaganes. Según me decía el joven Robins, estos forman casi el total de los yaganes, pues el día de nuestra llegada solo se encontraban afuera de la misión, en las islas Wollaston, dos familias.*

La raza de los yaganes está forzosamente condenada a desaparecer, pues según los resultados que acusa el registro estadístico llevado escrupulosamente por el misionero Mr. Pringles, hai un total de 7 defunciones anuales por 1 nacimiento.

[...] *El principal objeto de establecer la misión de Tekenica fue procurar que los yaganes pilotearan a los naufragos de los numerosos buques de vela que cruzan el cabo de Hornos, llevándolos a la misión. Hoi día se puede asegurar que así lo harían, llegado el caso, pues estos indígenas hablan mui bien el inglés i sus hábitos feroces se han modificado completamente*¹⁸.

18 Viaje de la escampavía "Huemul", al mando del Teniente 1° don Ismael Gajardo a las islas australes de la Tierra del Fuego en marzo de 1902. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo XXV, Santiago, 1925.



Fig. 2 Aspecto de la misión de Tekenika a comienzos del siglo XX. Fotografía de W.S. Barclay. Arriba a la izquierda parte del Orfanato; al centro arriba, la Capilla; a la derecha arriba, casa habitación de los misioneros. (Casa Stirling). Las edificaciones ubicadas en un primer plano, corresponden a viviendas indígenas.

Esta opinión favorable sobre el quehacer misional fue reiterada entonces por el capitán Arturo E. Wilson, Director de la Oficina Hidrográfica de Chile, al expresar en la presentación del contenido del volumen XXV del Anuario editado por esta repartición naval: *En la bahía de Tekenika está establecida la misión evangélica inglesa que antes estaba en la isla Wollaston i el pastor que reside allí con su familia es acreedor a gratitud por su constancia i éxito en su tarea humanitaria, desempeñada en un país ingrato, sin recursos, casi sin cultivos posibles, i en uno de los peores climas que es dable imaginar. Su obra merece ser recordada a igual título que la de los misioneros establecidos desde casi medio siglo en Uchuaia, en la parte argentina del canal Beagle*¹⁹.

Por ese mismo tiempo el reverendo John Williams, reemplazó definitivamente a Peter Pringle, quien afectado por una seria enfermedad no podía continuar de hecho al frente de la Misión. Falleció tres años después a raíz del mal contraído, siendo recordado como un eficiente y dedicado misionero que hizo mucho por el adelanto de la estación de Tekenika y por el cuidado

de los indígenas allí acogidos.

Cupo a Williams, entre otros menesteres, introducir las clases de idioma castellano en la escuela de la Misión, pues hasta entonces a los yámana se les enseñaba e instruía en lengua inglesa.

El mismo pastor debió sufrir, como otros antes, el agobio espiritual ante la irreversible reducción de la población indígena. Al informar cada vez sobre el punto, añadía nuevos aunque reiterados motivos de duda respecto de la conveniencia de la continuidad de la labor, a lo menos en Tekenika, respecto de la cual ya había pleno consenso en cuanto que era un lugar inadecuado para servir como centro misional.

Para peor, los indígenas que allí residían no parecían por entonces favorecer el trabajo misionero.

Ahora son más de doce meses que vine a Tekenika, y aunque ha habido muchas dificultades de las cuales quejarse, y muchas cosas para poner a prueba nuestra fe y paciencia, nos hemos dado cuenta de una manera excepcional de la asistencia divina. Pero en muchos casos, para nuestra gran pena, hemos encontrado a los nativos actuando contra la luz y casi deleitándose en tal actitud, sin embargo en unas pocas instancias

19 Id. Págs. 8 y 9.

hemos sido confortados por pruebas de que las palabras habladas en nombre del Señor han ejercido una real y duradera influencia en su vida, escribió en esos días el pastor Williams manifestando su preocupación por el curso de los acontecimientos²⁰.

La opinión del retirado pastor John Lawrence, desde su estancia de Puerto Remolino no era más optimista: *Parece imposible, humanamente hablando, hacer mucho más por ellos*²¹.

Era evidentemente una primera señal de flaqueza, una fisura en el hasta entonces inmovible ánimo que sustentaba la noble misión auto impuesta.

En el Comité Directivo de la Sociedad Misionera debieron calar en profundidad esos sentimientos aprensivos y más de alguno en su fuero interno pudo preguntarse si en verdad tanto esfuerzo como el desplegado hasta entonces seguía teniendo suficiente justificación, como la había tenido antaño.

Entre tanto y pese a las contrariedades la estación mostraba progresos materiales: desde el arribo de Williams se habían levantado cuatro casitas para familias yámanas y otras dos estaban en construcción para mediados de 1904. *Tekenika, podría decirse en cierto modo que parece un pequeño pueblo inglés*, escribió entonces Williams²².

También, siquiera de momento, la declinación poblacional yámana parecía detenerse. Así en mayo de 1905 la revista de la Sociedad Misionera daba cuenta de un decrecimiento en las defunciones y que se habían registrado más nacimientos que lo habitual. La población indígena era estimada entonces en 130 almas.

En la reunión anual del Comité Directivo, celebrado el 21 de mayo de 1904, el Arzobispo de Canterbury, quien había visitado hacía poco Sudamérica, se refirió a la Misión de Tekenika y reconoció que la pequeña comunidad que la habitaba podía ser trasladada hacia otro lugar de ambiente natural más hospitalario.

Dos meses después la misma revista institucional informaba sobre la visita a Tekenika del Obispo Edward F. Every, sucesor de Stirling en la sede, y sobre las conclusiones a las que éste había arribado al cabo de la misma:

El Obispo encuentra a la estación de tanta importancia como centro espiritual y de

reagrupamiento de la raza yagán, que no recomienda su clausura. Harberton y Punta Remolino son sitios amistosos de empleo, pero Tekenika es una fuerza espiritual. Después de muchas consideraciones y consultas con otros, recomienda que no sea cerrada sino trasladada.

Tekenika como sitio es inadecuado. El terreno es pantanoso e insalubre, inútil para ovejas y huertas. Todo el distrito es lo mismo. La caza, la pesca y los mariscos son escasos, y especialmente en invierno es difícil para los Indios vivir allí. La comunicación con Ushuaia, el más cercano centro distante cincuenta millas es muy dificultoso, y los costos de carga enormes. [...] El costo del transporte de Ushuaia a Tekenika es dos veces tanto como de Punta Arenas a Ushuaia. No hay empleo para los Indios en la vecindad y la Misión puede darle trabajo solamente a unos pocos. El actual aislamiento es malo para los misioneros y muy difícil de manejar para el superintendente.

*Todas estas dificultades desaparecerán si la Misión es trasladada a la Isla Navarino, en el canal Beagle*²³.

Cabe preguntarse si tantas y evidentes eran las desventajas de Tekenika, por qué se la había mantenido allí durante trece años. La respuesta quizá esté en que, pese a todo lo desfavorable que podía ser, el paraje estaba suficientemente lejos como para recibir el influjo moral funesto de la vida civilizada, además, ciertamente, de la relativamente mayor abundancia de indígenas en el sector austral en la época de la instalación.

Por consecuencia, y atendiendo a la sugerencia episcopal, se pensó en lugares tales como Puerto Mejillones y Puerto Toro, aquél en el litoral centro-occidental y éste en la costa nororiental de Navarino, ubicación esta última que por entonces parecía ser la preferida.

La elección del nuevo emplazamiento demoró sin embargo de la premura que parecía haber para realizar la mudanza. No sólo se requería de un clima más seco que el de Tekenika, de tierra para cultivar, de abundancia de caza y pesca, sino que el lugar estuviera situado en o cerca de la ruta habitual de navegación para facilitar el movimiento de carga y correspondencia, y la visita ocasional del Obispo. Pero, inexplicablemente, pues la resolución al fin fue contra toda lógica, se optó por el paraje de Río Douglas,

20 S.A.M.M., octubre 1903, pág. 244.

21 Id. Pág. 249.

22 Id., junio 1904, pág. 180.

23 S.A.M.M., julio 1905, pág. 137.



Fig. 3 Aspecto de la Misión de Río Douglas (isla Navarino), según acuarela de Miss Zilly Goudie. Al centro la casa Stirling (habitación del misionero), a la derecha la capilla.

en el sector sudoccidental de Navarino, relativamente próximo al histórico sitio de Wulaia. Este lugar, vale señalarlo, era naturalmente apenas algo mejor que Tekenika y estaba situado lejos de la ruta de navegación principal del área (que transcurría por el canal Beagle), por lo que se perdían todas las ventajas que cualquier paraje de la costa norte podía brindar para el objeto.

Equivocada o no la determinación, la misma fue comunicada al pastor Williams, quien desde el mes de mayo de 1906 había puesto en marcha el plan de desarme de las edificaciones para su ulterior transporte al nuevo emplazamiento. Finalmente el traslado se hizo efectivo durante los meses de noviembre y diciembre de ese año.

Concluyó así otro honroso capítulo de la admirable y esforzada actividad evangélica inglesa entre los yámana. El mismo quedaría para la historia asociado a los nombres de Leonard H. Burleigh, verdadero mártir de la noble causa, de su abnegada y laboriosa esposa Nellie, y de Peter Pringle, digno émulo del primero y como él ejemplo de entrega y sacrificio.

4. MISIÓN DE RÍO DOUGLAS 1906-1917

Con todas las esperanzas puestas en la nueva ubicación, por cuarta vez en la historia institucional misionera se reiniciaba la esforzada tarea espiritual y humanitaria en beneficio de los yámana. *La distancia desde la antigua estación a la nueva es de alrededor de treinta millas, pero las condiciones de clima, suelo, caza y pesca son lejos más favorables²⁴, y puede esperarse que con la bendición de Dios la rápida extinción de los yaganes pueda aquí recibir un nuevo aliento de vida*, escribía esperanzado el magazine de la Sociedad²⁵.

En el paraje nombrado por los naturales Aselaguwaia, específicamente en la ribera sur del estuario del río Douglas, se instaló entonces la nueva Misión sobre una ladera un tanto accidentada y pastosa, situada entre el bosque y la ribera del río. Allí se erigieron los principales edificios

24 Una señal de la variación ambiental la conforma la pluviometría. En Douglas la misma se estima en una media de entre 700 y 800 mm. anuales, mientras que para Tekenika se la estima en alrededor de 1000 o más mm. anuales.

25 S.A.M.M., julio 1907, pág. 134.

que habían estado en Tekenika: la capilla, la casa parroquial (Casa Stirling), el almacén y un cobertizo para los animales, además de diez cabañas para familias yámanas. Sólo se exceptuó el orfanatorio, quizá porque carecía de sentido ante la escasez de niños a quienes atender, lo que conformaba un triste augurio para el futuro del establecimiento. La estación misionera, como había sucedido antes, fue razón suficiente para el agrupamiento poblacional indígena.

De tal manera pronto se congregaron alrededor de ochenta indios. Esta permanencia, es bien sabido, era temporal y variable, pues parte del grupo solía marcharse repentinamente en plan de caza hacia las islas Wollaston y Hoste.

Debe destacarse que para fines de 1907 o los comienzos de 1908 los aborígenes habían formado sus propios pequeños huertos junto a las casas de la Misión, circunstancia que revela su acostumbamiento al consumo de hortalizas y verduras, como su interés por radicarse en el lugar al amparo de los misioneros²⁶.

En noviembre de 1907 visitó el nuevo establecimiento el Obispo Every, quien pudo comprobar *de visu* el satisfactorio estado general de la Misión, así como imponerse de la labor que se desarrollaba en ella por parte de los esposos Williams y su colaboradores, aunque no sin tropiezos y dificultades principalmente por causa de la índole de los nativos.

*Así el trabajo marcha, concluiría en su posterior informe el prelado, con sus éxitos parciales y serios desalientos. Sin embargo prosigue adelante, y allí finalmente en el paisaje del Río Douglas se está formando una aldea cristiana que será el hogar y el refugio de la perecedera raza yagana y ¿quién sabe si bajo saludables influencias muchos puedan regenerar sus cuerpos y sus almas, y la raza sobrevivir por este trabajo compartido mucho más de lo que pensamos? ¡Dios permita que así sea!*²⁷.

Tras la visita episcopal se realizaron algunas obras complementarias necesarias para el debido funcionamiento y la comodidad de la Mi-

sión: cercos, senderos, terminación de las construcciones pendientes en la casa parroquial, un muelle y algunos jardines.

A mediados de 1908 se registró un hecho novedoso y curioso en el establecimiento como fue el acontecido al retorno de una de las partidas cazadoras que se habían dirigido a las Wollaston. Pues bien, con el producto de las capturas (cueros de nutria), los nativos manifestaron su interés por cambiarlos por alimentos y vestuario, circunstancia que complació al pastor Williams, quien por tanto encargó las mercaderías a un negocio de Punta Arenas. Se vio en ello una prueba del grado de civilización que iban adquiriendo los yámanas.

Con todo, lo que preocupaba y preocuparía a los misioneros era el estado numérico de la etnia yámana. El recuento censal para 1909 había dado una cantidad de 150 individuos. De ello sólo una parte menor residía en la Misión (45 en mayo, 64 en junio y 37 en julio). Se pensaba que si los indígenas pudieran conseguir trabajo en el establecimiento o si capturarán nutrias en su vecindad, muchos más se radicaría allí, siquiera temporalmente. Pero lo primero era imposible, salvo para muy pocos, y lo segundo al parecer no se daba por causas naturales. La índole nómada al fin y la necesidad atávica de consumir sus alimentos tradicionales llevaba a la mayoría a buscarlos a distancia del establecimiento. Ello, entre otros aspectos, afectaba el funcionamiento de la escuela, la que en ocasiones había permanecido cerrada.

Pero también había otro aspecto que era causa de preocupación entre los misioneros, como el del consumo del alcohol entre los indios. Aunque excepcional e infrecuente, no por ello el mismo resultaba menos dañino física y moralmente. Prohibido su tráfico, no podía evitarse que de cualquier manera el licor llegara ocasionalmente, con sus consabidas consecuencias. Responsables de ello eran tanto inescrupulosos comerciantes "civilizados", algunos cazadores procedentes de Ushuaia o Punta Arenas, como incluso indígenas que trabajaban en establecimientos ganaderos de Navarino²⁸.

26 Algo al oeste de la capilla se habitó un recinto para cementerio. Allí fueron sepultados los restos de unos 70 indígenas fallecidos entre 1906 y 1917, según contaría Ken Williams, hijo del último director de la Misión, al arqueólogo y etnólogo inglés Sir Baldwin Spencer durante su visita a Río Douglas (1929). Entonces eran visibles 36 tumbas, pero Ken Williams insistía en que allí había restos de alrededor de 70 indígenas (*Spencer's Last Journey*, pág. 90).

27 S.A.M.M., 1908, pág. 62.

28 En 1902 el escampavía *Huemul* de la Armada de Chile hizo un recorrido inspectivo por todos los establecimientos de explotación existentes bajo jurisdicción nacional (Leuaia, Wulaia, Bertrand y Caleta Figue en Navarino, y en las islas Picton y Nueva) encontrando en ellos residiendo, posiblemente como trabajadores a 32 indígenas, esto es, aproximadamente un cuarto de la población calculada entonces para la etnia yámana.

Tiempo después el antiguo pastor John Lawrence se refería a los lamentables efectos del consumo alcohólico sobre los naturales. Son, decía, casi todos invariablemente pacíficos y tranquilos cuando no se encuentran bajo su influencia; pero, agregaba, que sin exageración muchos de ellos fallecen prematuramente más por causa del excesivo consumo de alcohol que por otra causa y eso, humanamente hablando significa que hay poca esperanza para su salvación²⁹.

Así la realidad de la disminución poblacional indígena pendería cual espada de Damocles sobre la Misión Evangélica, amenazando su continuidad. De allí que las referencias ocasionales que respecto de la misma daría cuenta la revista institucional, de manera recurrente haría referencias a la cuestión demográfica.

Sarampión, tos convulsiva y finalmente la viruela los barren como una plaga [a los indios], y es dudoso que al presente quede un centenar de yaganes, se lamentaba la publicación mencionada en 1912.

La escasa permanencia de los indígenas en la Misión era una nueva causa de inquietud para los misioneros, en tanto cuanto los sustraía de su benéfico influjo y los exponía a riesgos. *Los nativos no podrán permanecer en Río Douglas por más de una o dos semanas y será necesario para Mr. Williams visitarlos en las Wollaston tres o cuatro veces al año ¿Cómo puede hacerse?*, informaba la mencionada revista en julio del año citado.

Entonces, por unas u otras razones la situación en la Misión se fue haciendo insostenible, pues a las dificultades reales derivadas de la disminución poblacional indígena y de la ausencia masiva de los sobrevivientes, había que agregar el inevitable desaliento que como lógica consecuencia se posesionaba de los ánimos de los misioneros.

Al fin hubo que enfrentar la dolorosa realidad: aquello no podía continuar pues ya no tenía sentido ni justificación.

Así, casi como un epitafio, el magazine de la Sociedad Misionera informaba en 1916 *que después de muchos meses de cavilaciones y oraciones el Comité ha decidido cerrar la Misión de Río Douglas. Antes de llegarse a esta determinación se consultó a cada uno de los que podían dar su opinión, y Mr. Williams pudo suministrar muchos detalles. El resto* [de los indígenas] cuyo

número sigue reduciéndose (hay más defunciones que nacimientos al año), será puesto bajo el cuidado de un antiguo servidor de la Sociedad, Mr. Lawrence³⁰. Fue con profunda tristeza que se llegó a esta decisión, pero se entendió que este sentimiento debía superarse ante la urgente necesidad que hay en otras partes³¹.

Transcurrieron todavía algunos meses antes que el trabajo misional se diera por definitivamente concluido, lo que debió acontecer hacia el término de ese año o en los comienzos del siguiente, pues no se conoce la fecha precisa, que fue cuando se alejaron del lugar el pastor John Williams y su familia.

Así llegó a término el sueño misional de Allen Gardiner, que sus discípulos con nobilísima y completa entrega se habían empeñado en hacer realidad y continuarlo hasta donde había sido humanamente posible. Tal sucedió cuando los misioneros anglicanos se dieron cuenta... *que estaban predicando al mar, a las montañas y al río, porque toda la congregación indígena yacía enterrada debajo de pequeñas y sencillas cruces en el cementerio*^{32 33}.

5. SIGNIFICACIÓN DE LA ACCIÓN MISIONERA EN LA ACULTURACIÓN Y DECLINACIÓN POBLACIONAL DE LOS YÁMANA.

Es asunto ciertamente árduo hacer un juicio sobre los resultados y consecuencias de la acción misionera entre los indígenas del archipiélago austral de la Tierra del Fuego, a lo largo de las seis décadas en que la misma tuvo vigencia.

Como en todas las acciones similares

30 Como se ha mencionado antes, después de retirarse John Lawrence se estableció como estanciero en el paraje conocido como Puerto o Punta Remolino, sobre la costa norte del canal Beagle. En ese lugar fue frecuentemente visitado por los indígenas a quienes había conocido y en ocasiones permanecían en el lugar hasta una treintena de personas.

31 S.A.M.M., 1916, pág. 129.

32 Hakon Mielche, *Journey to the World's End* (Citado por el autor en *Crónica de las tierras del sur del canal Beagle*, pág. 120, Buenos Aires, 1973).

33 El paraje de Río Douglas no fue abandonado pues ese campo fiscal fue solicitado en tenencia o arrendamiento por hijos mayores de John Williams, Claude y Tekenika ("Ken"), quienes consideraron las posibilidades de uso pastoril del predio y gestionaron su concesión, que les fue otorgada por el organismo fiscal correspondiente. Surgió así un establecimiento de crianza ovejera que perduró por largo tiempo. Sus moradores preservaron y usaron de las instalaciones de la antigua estación misionera.

DEMOGRAFIA YAMANA 1855-2000

Año	Informante	Fundamento	Número	Fuente
1855	TH. BRIDGES	Estimación	3.000 individuos	Gusinde, 1982
1860/70	M. GUSINDE	Estimación	2.500 indivs.(a)	Gusinde, 1982
1883	L. MARTIAL	Estimación	1.300/1.500 indivs.(b)	Gusinde, 1982
1884	TH. BRIDGES	Estimación	1.000 indivs.(c)	Gusinde, 1982
1886	TH. BRIDGES	Censo	407 indivs.	S.A.M.M. 1886
1889	R.N. KENNEDY	Estimación	400/500 indivs.	S.A.M.M. 1889
1889	E.C. ASPINALL	Estimación	300/400 indivs.	S.A.M.M. 1889
1892	L. BURLEIGH	Estimación	más de 200 indivs.	S.A.M.M. 1892
1899	W.H. STIRLING	Estimación	menos de 200 indivs.	S.A.M.M. 1899
1902	J. LAWRENCE	Estimación	130 indivs.	S.A.M.M. 1902
1905	S.A.M.S	Estimación	170 indivs.	S.A.M.M. 1906
1909	MISION RIO DOUGLAS	Recuento	150 indivs.	S.A.M.M. 1909
1911	MISION RIO DOUGLAS	Recuento	150 indivs.	S.A.M.M. 1911
1923	M. GUSINDE	Estimación	70 indivs. *	Gusinde, 1986
1930	CENSO NACIONAL POBLACION	Censo	71 indivs. **	Inst. Nac. Estad.
1940	CENSO NACIONAL POBLACION	Censo	68 indivs. **	Inst. Nac. Estad.
1946	A. LIPSCHUTZ - G. MOSTNY	Recuento	63 indivs. **	R.G.CH.T.A. 1950
1972	O.ORTIZ - TRONCOSO	Recuento	58 indivs. ***	A.I.P. 1973
1993	J. AYLWIN	Recuento	51 indivs. ***	Aylwin, 1995
2000	CONADI	Estimación	90/100 indivs. ***	CONADI, 2000

- Notas : (a) Epidemia de bloodpoisoning
 (b) Aparición de la tuberculosis
 (c) Epidemia de sarampión
 * Incluye indígenas étnicamente puros y mestizos
 ** Comunidad residente en Mejillones (puros y mestizos)
 *** Comunidad residente en la isla Navarino (Ukika, P. Williams) mayoritariamente mestizos (únicamente 3 individuos puros)

emprendidas por las religiones cristianas en América, una apreciación en verdad objetiva y justa ha debido y debe hacerse en el contexto comprensivo de las ideas sociales, morales y científicas propias del tiempo en que aquellas tuvieron desarrollo. Ello es especialmente válido para los casos más extremos, esto es, el de los pueblos o grupos étnicos que por su situación numérica crítica estaban en riesgo cierto de extinción al ocurrir aquel fenómeno.

Respecto de la parte espiritual es particularmente difícil pronunciarse, so pena de pecar de incompreensión y por ende de injusticia. Bien lo ha señalado una escritora inglesa contemporánea, Elisabeth Dooley, partícipe de la fe anglicana: *El efecto que los misioneros lograron espiritualmente sobre los Indios no es fácil de establecer. Cientos fueron bautizados, y esto solamente cuando los misioneros estuvieron seguros que ellos habían entendido el mensaje evangélico y aceptado al Señor como Su Salvador. Habrá Indios Yaganes en el paraíso que no habrían llegado allí de no ser por los esfuerzos de los tenaces misio-*

*neros de la South American Missionary Society*³⁴.

Pero si en esto algo pudo conseguirse según los objetivos, dinstinto fue el resultado en los aspectos culturales y biológicos.

En el caso específico de las etnias fueguinas, yámana y sélknam, es evidente que la acción misionera –en particular la variante civilizadora o pretendidamente tal de la misma– tuvo una consecuencia finalmente lamentable que jamás estuvo entre los supuestos de tal empresa: la aculturación y, en particular, la reducción numérica de los conjuntos étnicos que fueron los sujetos de tal intervención religiosa hasta el punto de comprometer de manera irreversible la pervivencia de las poblaciones aborígenes.

En lo tocante al pueblo yámana, no cabe duda de que la actividad de los misioneros debió acelerar la progresiva reducción numérica de la etnia, fenómeno que, visto en perspectiva, se advierte como inevitable e irreversible desde el ad-

venimiento del hombre blanco o, si se prefiere, civilizado, al territorio meridional americano.

Está claro que una vez que el foráneo puso su planta en el suelo austral y se estableció de manera permanente como ocupante con ánimo de señor y dueño, los días de las etnias originales estuvieron contados.

Esa presencia ajena irrumpió con su cultura avasallante y agresiva en un mundo prístino con vigencia de milenios, caracterizado por una adaptación física y espiritual admirables a un medio geográfico rudo, casi inclemente.

Lo hizo con sorprendente vigor, afectando activa o pasivamente a las expresiones culturales locales que se manifestaron invariablemente más débiles e impotentes para enfrentarla; lo hizo, al fin y abreviando, con el sólo contacto físico entre los arribados al territorio y los aborígenes, posibilitando la trasmisión de enfermedades de consecuencias aterradoras para la supervivencia de pueblos originariamente inermes. Ciertamente desde entonces los aborígenes australes estuvieron condenados a perder su cultura y su propia existencia.

En ese contexto comprensivo y en sentido amplio, los misioneros cristianos —católicos y protestantes— eran también “ocupantes colonizadores” y animados de las más nobles motivaciones: el amor al prójimo, el desinterés y el sincero afán por redimir a los pueblos indígenas del estado de postración, atraso y barbarie en que ellos se encontraban (así les parecía), contribuyeron a su pesar a la extinción de las etnias originales y, en el caso, de los yámana.

¿Qué jamás se les pasó por la mente la posibilidad siquiera de estar infiriendo un daño que sería irremediable? Por cierto, qué duda cabe, pero al final el resultado fue pavoroso y asombrosamente rápido. En menos de un siglo, un pueblo milenar, que, reiteramos, había sabido adaptarse como pocos a uno de los entornos naturales más hostiles y limitados, generando una cultura que hoy miramos como única y sorprendente, desapareció para siempre.

El eminente etnólogo Martín Gusinde, hizo ya hace tiempo, un análisis a fondo, tan objetivo como podía hacerlo, y estableció las causas generales y particulares del doble fenómeno de la aculturación y de la extinción étnica. Al concluir, achacó al “europeísmo”, esto es, a la civilización occidental, de la que los misioneros ingleses habían sido agentes dinámicos de expresión y acción, la responsabilidad histórica del triste suceso social³⁵.

Cabe enunciar las más determinantes de tales causas.

Así, entre las activas, estuvo la *europización*, como propósito de mudanza virtualmente forzada de vida y costumbres; la *sedentarización*, igualmente forzada, para quienes eran nómades por necesidad vital; el *uso de vestimenta*, en gentes para las que la desnudez era funcional a su manera tradicional de vida; el *consumo de alimentos* extraños a los habituales; el *encierro y hacinaamiento* habitacional, que acababa afectando a la salud grupal; el *ordenamiento del comportamiento cotidiano* siguiendo normas foráneas, que resultó opresivo para la libertad indígena y el *consumo alcohólico*, con su secuela de debilitamiento fisiológico y relajación moral. Entre las pasivas, las *enfermedades introducidas* (tuberculosis, sarampión, neumonía, tifoidea, viruela, etc.) que fueron fatales para los organismos de los aborígenes³⁶; el *menosprecio* (involuntario) *del acervo cultural y espiritual*, que provocó la pérdida progresiva del patrimonio máspreciado para la existencia aborígen; la *depredación de la fauna*, fuente existencial de recursos alimentarios; la *inhibición de la fertilidad*, que incidió directamente en la época tardía en la reducción de la natalidad y el *debilitamiento de las capacidades y habilidades heredadas*, responsables directas de la abulia y pereza grupales características del tiempo final. En este conjunto de causas hay algunas primarias y otras derivadas, de las que el consumo alcohólico y la depredación de la fauna, en absoluto pueden ser atribuidas a la intervención misional y sí, en particular, a la acción directa de terceros arribados por motivaciones económicas (caza de nutrias, lavado de oro, tráfico con los indígenas, etc.).

En este punto surge la cuestión de si el resultado conocido históricamente habría sido diferente en tiempo y forma, de no haber mediado la acción de los misioneros. La respuesta es que definitivamente no habría sido distinto, salvo en la celeridad con que se produjo el fenómeno poblacional reductivo.

35 M. Gusinde, *Los indios de Tierra del Fuego*, tomo II, *Los Yámana*, vol. I, Primera parte, especialmente páginas 299 y siguientes.

36 Las epidemias de envenenamiento de la sangre (*bloodpoisoning*) hacia 1860, de tuberculosis, a partir de 1881 y de sarampión, en 1884, fueron tenidas como las patologías causantes directamente de las mayores mortandades y por ende de reducción poblacional (ver Tabla Demográfica).

Concluyendo, pues, si fue nobilísimo y generoso el esfuerzo misional, como expresión de amor al prójimo, de redención y promoción humanas, fue al propio tiempo una circunstancia histórica que resultó fatal para el destino de la etnia yámana. No obstante, se trata de una responsabilidad inimputable y en todo caso exculpable pues las acciones motivantes respondieron a la comprensión y visión propias de una época –la decimonónica– que no tuvieron la capacidad de prever el daño que podía causarse y que fueron una consecuencia de sensibilidades diferentes a las que hoy en día se tienen respecto de los derechos del ser humano, en particular de aquellos propios de los pueblos primitivos. Fue, se enfatiza, una situación imprevisible e irremediable en el tiempo.

Queda al fin la acción de los misioneros como un hecho encomiable en sus objetivos filantrópicos, admirable por la abnegada, incluso heroica, entrega que la misma supuso, pero también con un inesperado final de lamentable tragedia por la que la posteridad ciertamente se conmueve y lamenta.

6. LOS ÚLTIMOS YÁMANAS, 1917-2000

Al clausurarse en 1917 la Misión de Río Douglas el número de yámanas que allí residían con alternancia temporal y que la frecuentaban tal vez no pasara de una cincuentena de individuos; otra cantidad aproximadamente semejante, hasta enterar el centenar o algo menos que a la sazón debía conformar el total étnico, se hallaba desperdigada por distintos lugares de las islas Navarino (principalmente en los establecimientos ganaderos), Picton, Hoste y aún deambulando ocasionalmente por las Wollaston, dedicada a la captura de nutrias.

Los primeros debieron seguir en Río Douglas a lo menos durante un tiempo, acostumbrados como estaban a la Misión, tanto más que la misma fue continuada en la posesión del terreno por los hijos del pastor Williams, como ya se ha visto. Pero, advertido el cambio de la situación producido luego del cierre de la estación misionera y tras un posible lapso de indecisión, algunos o quizá buena parte de aquel grupo optaron por mudarse paulatinamente hacia el norte, hasta un paradero tradicional del litoral norte de Navarino, conocido por ellos como Assif (¿Assifaia?) y señalado en las cartas náuticas como Puerto Mejillones.

Consta efectivamente la presencia indí-

gena en el lugar, cuando en 1919 pasó por allí en visita pastoril el Vicario Apostólico de Magallanes, monseñor Abraham Aguilera. La segunda referencia, más específica, data de la visita del etnólogo Martín Gusinde, en 1922, quien encontró en el lugar a una comunidad formada por una treintena de personas, en calidad de residentes habituales. La gran mayoría de ellas, sino todas, eran antiguas asiladas de Tekenika y Río Douglas.

Aquel paraje sería su cuartel de invierno, pues manteniendo su costumbre tradicional los indígenas se desplazaban durante las estaciones favorables de primavera-verano por sus parajes conocidos del vasto entorno y se congregaban en Mejillones durante los meses de mayor rigor climático. Es posible, también, que paulatinamente se hubieran vuelto más sedentarios, esto es, con una permanencia temporal en el lugar más prolongada. Ello a juzgar por los ocasionales testimonios ulteriores que dan fe de su presencia en distintas épocas del año.

Allí, en el seno de esta comunidad yámana tardía, tuvieron ocurrencia en marzo de 1922 las últimas ceremonias de iniciación, denominadas *Chiéjaus* y *Kina*, de que hay memoria, que fueron inducidas por los etnólogos y antropólogos Martín Gusinde y Wilhem Koppers, sobre las que ambos dejaron una muy completa descripción en cuanto a su desarrollo y motivaciones³⁷.

Durante tan trascendente estadía entre los nativos, los investigadores germanos advirtieron cuán vivo era el anhelo de aquéllos por disponer de una posesión tranquila y segura en ese paraje, en donde hasta entonces se hallaban de facto, por mera tolerancia de la familia Lawrence, que tenía a la sazón la concesión fiscal como sucesora del pastor John Lawrence. Fue así que durante 1922 y 1923 el padre Martín Gusinde realizó las gestiones del caso ante el gobierno chileno, que culminaron exitosamente al constituirse una reserva indígena sobre un lote fiscal de 10.000 hectáreas de superficie en la isla Navarino, que incluía la zona ocupada por los indígenas desde 1918 ó 1919.

Gusinde describió entonces el objetivo de aquel asentamiento, amparado ahora adminis-

37 Véase W. Koppers, *Unter Feuerlander Indianer*, Stuttgart, 1924, y *Entre los Fueguinos*, Punta Arenas, 1997; y M. Gusinde, *Los Indios de Tierra del Fuego*, tomo II, *Los Yámana*, volumen II, págs. 778 y siguientes, Buenos Aires, 1982.

13.



Fig. 4 Aspecto de parte de las construcciones existentes en Puerto Mejillones hacia 1920. Fotografía Kohlmann.



Fig. 5 Parte de la comunidad yámana de Puerto Mejillones en 1940. Al centro con gorra el jefe de la misma José Milichich. Fotografía de Octavio García.

tratativamente:

Naturalmente no se pretende hacerlos sedentarios, lo que sería imposible, sino poner a su disposición un trozo de terreno en que pudieran construir con toda tranquilidad y seguridad sus chozas y dejar pastar los pocos animales que hoy día algunos de ellos poseen. Los Yámana ya han abandonado en parte su modo de vida de antaño, aunque no la vida de nómades, a la que están obligados actualmente debido a la dificultad de abastecerse con alimentos. Eso significa que permanecerán de cuatro a cinco meses, con interrupciones, en un nuevo lugar, hasta ahora en la bahía de Mejillones, tan apreciada por ellos. Aquí cada familia construirá su pequeña casita, mientras que en el tiempo restante del año cruzarán los numerosos canales en sus pequeños botecitos o canoas, cazando las nutrias, cuyas pieles logran un precio elevado, buscando a la vez sus alimentos. Se han planificado entonces una pequeña reducción indígena³⁸.

El mismo etnólogo haría más tarde un juicio sobre tal radicación, afirmando que los yámana vivían allí una situación culturalmente híbrida, a la que sería erróneo considerar [como] estado intermedio [de] transición de su manera de vivir ancestral hacia la perfección europea.

La desgraciada combinación de formas semiindígenas y semieuropeas se ve claramente en las condiciones de vivienda de las últimas décadas. Para observadores superficiales es altamente satisfactorio observar las sencillas casitas de madera, para las que nuestros indígenas eligieron el bien situado Puerto Mejillones en la costa norte de la Isla Navarino; otros ven en esta conquista el triunfo de nuestra civilización sobre aquellos otrora temidos salvajes. La mayoría de las familias ahí radicadas posee, cada una, una pequeña y sencilla casa de paredes de tablas y techo de chapa, que construyeron hombres habilidosos. A veces incluso tienen ventanitas de vidrio, que obtuvieron, al igual que las tablas y la chapa de los europeos. Pero estas casitas no son el fruto de una necesidad interna de mejores instalaciones y de mejoras sanitarias, sino más bien el deseo de imitar a los europeos. Pues el indígena no sabe cómo hacer realmente confortable estas viviendas, que protegen insuficientemente contra el viento y la lluvia; mantenerlas limpias es una quimera y la estufa de hierro no puede reemplazar los beneficios del fogón al aire libre. Ni una sola

familia resistiría ininterrumpidamente un año entero en ellas, aunque no estuviera obligada a aprovisionarse en viajes de meses a través de los distantes canales. Afuera se albergan día a día en la antigua choza y no sólo no sienten ningún malestar sino que se sienten evidentemente bien. Cada familia pasa algunas semanas del invierno en Puerto Mejillones, pero la mayor parte del año está afuera, atravesando su reino insular en un bote de madera³⁹.

Aunque debe compartirse el severo juicio del eminente etnólogo, encontramos, no obstante el mismo, aspectos positivos en ese asentamiento indígena. Entre ellos nos parece de mayor relevancia el de que debido a tal circunstancia de voluntaria concentración, la pervivencia de la etnia se prolongó en el hecho hasta nuestros días. De no haber sido por ello –en especial si la Misión inglesa hubiera continuado abierta–, el ritmo de disminución poblacional habría proseguido acelerado y el conjunto étnico final hubiera desaparecido de la faz de la tierra hace ya largo tiempo.

En buenas cuentas, consideramos que la determinación de la comunidad aborígen de establecerse en Mejillones fue, en cierto modo, providencial. Allí, debe convenirse, en tranquila existencia, en una situación cultural de hibridación, lejos del no siempre conveniente contacto frecuente con los civilizados, sin hacinamiento ni presiones y en libre desarrollo vital, la etnia yámana pudo recuperarse del descalabro reductor poblacional o, si se prefiere, detener o moderar su vertiginoso curso y permitir al fin un transcurso insensible y apacible de progresiva mestización que la libró de un dramático término, como hubiera sucedido de no haberse constituido la reservación indígena. Ello rescata y valoriza para la historia la feliz iniciativa aborígen de radicarse grupalmente en Puerto Mejillones.

En ese asentamiento los yámana fueron atendidos con alguna periodicidad a partir de los años 1929-30 –cuando se hizo manifiesta la preocupación de la autoridad provincial de Magallanes por el territorio insular austral–, por funcionarios gubernativos y administrativos de rango menor (subdelegado de Navarino, Carabineros, practicante encargado de la posta sanitaria), siendo incluso visitados ocasionalmente por autoridades provinciales y, excepcionalmente, por un misionero católico hacia 1939-40. Ello en alguna medida contribuyó a que la comunidad yámana residente tuviera una mejor calidad de vida (ver fo-

38 Carta del 2 de abril de 1923, citada por Koppers, en *op.cit.*, pág. 190.

39 *Op. cit.*, 1986, tomo II, vol. II, pág. 344 y 345.



Fig. 6 Algunos miembros de la Comunidad Yámana de Navarino, de visita en el antiguo paraje de Mejillones. Las hermanas Cristina y Ursula Calderón se ubican en el segundo y tercer lugar desde la izquierda. Fotografía hacia 1992-1993.

tografías).

En 1946 el poblado de Mejillones fue visitado por la *Misión Científica para el Estudio del Indio Fueguino*, dirigida por el antropólogo Dr. Alejandro Lipschutz, e integrada por la arqueóloga y etnóloga Dra. Grete Mostny, el médico Dr. Juan Damianovic y por otros especialistas, contándose para el efecto con el patrocinio de la Universidad de Chile, del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, de la Dirección General de Sanidad y el apoyo de otros organismos gubernativos y estatales. Allí se realizó con la participación de la comunidad residente un completo relevamiento antropológico, etnográfico y sanitario, y se hicieron numerosas observaciones que al fin permitieron tener una apreciación muy cabal y actualizada sobre el *status* biológico y cultural de la etnia, que entonces contaba con 63 individuos, de ellos 19 puros y el resto mestizos con blancos y con otras etnias indígenas⁴⁰.

A partir de 1954, una vez que se fundó la base naval de Puerto Williams (antiguo Puerto Luisa de la familia Lawrence), los residentes de

Mejillones comenzaron a ser atraídos por el nuevo centro progresivamente urbanizado situado a una veintena de kilómetros hacia el oriente, y por ende se trasladaron a vivir en su inmediata vecindad, en el paraje conocido como Ukika. El último habitante de la reducción se trasladó allí en 1974.

Cupo al arqueólogo Omar Ortiz-Troncoso, del Instituto de la Patagonia de Punta Arenas, informarse acerca de la nueva situación de la comunidad yámana, a propósito de un nuevo estudio —el postrero— sobre la misma, para entonces conformada por 58 personas, de las que únicamente 8 se reconocían como yámanas puros. Este investigador pudo constatar como la utilización por parte de la comunidad de los servicios sanitarios, educacionales, de abastecimiento y de comunicación, y, en especial, su mayor y más permanente contacto con la cultura chilena, había significado la pérdida de los escasos valores que aun restaban de su patrimonio cultural original según lo constatado por Lipschutz medio siglo antes⁴¹.

40 Crf. A. Lipschutz y G. Mostny, "Cuatro conferencias sobre los Indios Fueguinos", *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, número 3,4,5 y 6, Santiago, 1950.

41 O. Ortiz-Troncoso, Los yámana: veinticinco años después de la Misión Lipschutz, *Anales del Instituto de la Patagonia*, volumen IV, año 1973, Punta Arenas.

Sin embargo, en los últimos años, desde 1990 en adelante, ha sido consolador comprobar como aquel proceso aculturante virtualmente imparable da muestras de revertirse en la hora undécima, gracias a dos factores favorables: uno, la situación vigente en Chile, derivada del movimiento de opinión pública proclive a la valorización de los pueblos originarios y de su herencia, que despertó o reafirmó si cabía la autoestima de los grupos étnicos existentes en el país, y, por consecuencia, la legislación dictada para su protección y promoción; y dos, la presencia de las hermanas Cristina y Ursula Calderón (dos de los tres indígenas étnicamente puros que quedan), que por su mayor edad y por su contacto con los antiguos miembros de la etnia, han conseguido conservar la lengua y además parte del tesoro cultural y que animosamente se empeñan en difundir entre los restantes miembros de la comunidad y, al parecer, con algún éxito. Una cabal expresión del renovado espíritu que anima al grupo es la constitución de una organización legal representativa, la *Comunidad Yámana de Navarino*, formada al amparo de la ley 18.893, con el objeto de *promover el desarrollo y la participación de la comunidad y sus asociados en los aspectos sociales y culturales*⁴².

La situación económica del grupo, puesta al presente por un centenar de individuos⁴³, es más bien precaria. Unos (mayormente mujeres) trabajan en la confección de objetos de la artesanía tradicional para su venta a turistas; otros en la pesquería y en la carpintería de ribera, en ambos casos por cuenta propia y para venta a terceros; también en ocupaciones remuneradas de carácter administrativo o eventual (turismo) en la época veraniega. Ello brinda la posibilidad de ingresos para subsistir, que son más bien menudos e irregulares.

42 José Aylwin, *Comunidades Indígenas de los Canales Australes*, Temuco, 1995.

43 El total de la etnia residente era de 51 individuos, según Aylwin, en 1993, y comprendía además otras 23 personas residentes en su mayoría en otras ciudades chilenas y algunas pocas en Argentina.

Actualmente (2000) según estimaciones de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), se cuentan aproximadamente entre 90 y 100 residentes. De ellos 48 son adultos miembros de la Comunidad Yámana de Navarino; el resto está conformado por personas que al momento no tienen interés en incorporarse a la organización y por descendientes de tercera y cuarta generación que son menores de edad. Hay además una veintena de personas que residen fuera de Magallanes.

La preocupación oficial, que se ha manifestado en el terreno de la protección legal de los derechos (jardines infantiles étnicos), la salud y la vivienda, en este caso para lograr que cada familia disponga de habitación digna. Asimismo y de manera excepcional con la entrega de pensiones a los miembros de mayor edad de la comunidad. La actitud e intervención de las autoridades locales (gubernativas y municipales) y regionales, y en particular la de servicios especializados como la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), en todo caso apuntan hacia la promoción humana, a la dignificación grupal, a la protección social y al enriquecimiento espiritual de los miembros de la comunidad.

El esfuerzo más significativo ha sido el de la recuperación de la antigua reserva de Puerto Mejillones —o de parte sustancial de la misma—, en atención al valor simbólico, patrimonial y sentimental de los terrenos que la conforman. Las gestiones correspondientes se iniciaron en 1991, lo que permitió recuperar parte del antiguo predio fiscal que había sido dado en concesión a un tercero. Sobre tal base se conformó un lote de 1.972 hectáreas de superficie, en que se encuentran situados los sectores de mayor valor e interés para la comunidad (sitio del antiguo emplazamiento poblacional; cementerio y lugares donde estuvieron emplazadas las cabañas ceremoniales del *Chiejaus* y *Kina*)⁴⁴.

Así, entonces, en virtud del Decreto Supremo N° 1 de 15 de febrero de 1994 del Ministerio de Bienes Nacionales, se hizo el traspaso del indicado lote fiscal, que lleva el número 15, a la Comunidad Yámana de Navarino, con carácter gratuito y por tiempo indefinido. Se dio satisfacción de ese modo a un sentido y sostenido reclamo del grupo indígena por la recuperación de lo que con razón consideran su suelo ancestral.

Queda por ver si ahora que se ha conseguido la restitución de la reserva se trasladarán allí los integrantes de la comunidad, en parte al menos, para retornar, en lo que sea compatible con su estado cultural actual, a la forma de vida tranquila y libre que sus mayores desarrollaron entre 1918 y 1974⁴⁵.

44 Véase el artículo del autor «Cementerios y tumbas rurales en Magallanes», *Anales del Instituto de la Patagonia*, Serie Cs. Humanas, vol. 23, Punta Arenas, Chile.

45 Con fecha 1° de abril de 2000 se publicó en el diario *La Prensa Austral* de Punta Arenas el Decreto Alcaldicio N° 101 de la Municipalidad de Navarino referido a la solicitud de la Comunidad Yámana de Navarino para

De esta manera se completa la visión panorámica del acontecer histórico de la etnia yámana desde 1888 hasta el presente, que ha estado signado por la vertiginosa y dramática reducción numérica de sus integrantes hasta su extinción virtual. Sin embargo de esta ineludible realidad, es consolador comprobar en la hora final cómo en la reducida comunidad superviviente alienta todavía algo del vigor anímico de otrora. Ello permite esperar que –a lo menos en este caso– el trayecto terminal permitirá la pervivencia espiritual de la noble etnia yámana en sus descendientes mestizados, incorporados ya definitivamente a la sociedad chilena.

FUENTES DE CONSULTA

AYLWIN, JOSE 1995. *Comunidades indígenas de los canales australes: antecedentes históricos y situación actual*. Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, Temuco.

BRAUN MENENDEZ, ARMANDO 1939 *Pequeña Historia Fueguina*. Buenos Aires.

CANCLINI, ARNOLDO 1979 *Allen F. Gardiner. Marino, Misionero, Mártir*. Buenos Aires.

1980 a *Tomas Bridges. Pionero en Ushuaia*. Buenos Aires.

1980 b *Waite H. Stirling. El Centinela de Dios en Ushuaia*. Buenos Aires.

1980 c *Historia de Tierra del Fuego*. Buenos Aires.

1999 *Los Indios del Cabo de Hornos*. Buenos Aires.

CHEVALLAY, DENIS 1999 *Historia de la Casa Stirling 1868-1998. La edificación más antigua de la Tierra del Fuego. Actas del IVº Congreso de Historia*

de Magallanes. Punta Arenas.

DOOLEY, ELIZABETH 1993 *Streams in the Wasteland. A portrait of the British in Patagonia*. Punta Arenas.

GAJARDO, ISMAEL 1905 *Viaje de la escampavía "Huemul", al mando del Teniente 1º don a las islas australes de la Tierra del Fuego en marzo de 1902. Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo XXV, págs. 25-45. Santiago.

GUSINDE, MARTIN 1982. *Los indios de Tierra del Fuego*. Tomo II. Los Yámana. Vols. I y II. Buenos Aires.

KOPPERS, WILHEM 1997. *Entre los Fueguinos*. Ediciones de la Universidad de Magallanes. Punta Arenas.

LIPSCHUTZ, ALEJANDRO Y GRETE MOSTNY 1950. *Transculturación en las tribus fueguinas. Revista Geográfica de Chile Terra Australis N°3: 37-60*. Santiago.

MARTINIC B., MATEO 1972. *Crónica de las tierras del sur del canal Beagle*. Buenos Aires.

1980 *La misión de Bayly (Archipiélago del Cabo de Hornos). Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. XI:47-61. Punta Arenas.

1997 *The Meeting of Two Cultures. Indian and Colonist in the Magellan Region. En Patagonia, Natural History, Prehistory and Ethnography at the uttermost end of the Earth*. Colin Mc Ewan, Luis A. Borrero y Alfredo Prieto, Editores. Londres.

(SPENCER, SIR BALDWIN) 1931. *Spencer's Last Journey*, London.

SOUTH AMERICAN MISSIONARY MAGAZINE 1888-1916 Serie completa.



la aprobación de inscripción de una marca a fuego para el ganado mayor de su propiedad existente en el predio de Puerto Mejillones. Ello conforma una señal auspiciosa de voluntad de ocupación de la reserva para el desarrollo de actividades de crianza.